

**Conciencia, fe e Inteligencia Artificial****¿El nacimiento de una nueva divinidad o el último espejo de la condición humana?****Fluvio Ugo Guerra Lemus¹**

fluvioguerra23@rcastellanos.cdmx.gob.mx

<https://orcid.org/0009-0004-1234-7113>**Resumen**

El ensayo analiza el impacto de la Inteligencia Artificial (IA) en las dimensiones de la conciencia, la religión y la condición humana. El autor examina críticamente la tendencia contemporánea a confundir la inteligencia computacional con la conciencia subjetiva. A través de argumentos filosóficos clásicos, como "La Habitación China" de John Searle y el "problema duro" de David Chalmers, se demuestra que los modelos actuales operan únicamente mediante la manipulación simbólica y la correlación estadística, careciendo de comprensión semántica, interioridad o capacidad para experimentar la finitud.

Asimismo, el texto aborda el surgimiento del tecno-utopismo como una nueva fe secular que traslada expectativas místicas a los algoritmos, y analiza la IA desde una perspectiva estructuralista como un espejo que refleja y amplifica las virtudes y los prejuicios de la propia sociedad. Finalmente, advierte sobre los riesgos que los sesgos algorítmicos y la opacidad digital imponen a la libertad religiosa como derecho humano, concluyendo que la IA, lejos de desplazar la singularidad humana, refuerza la necesidad de proteger la experiencia subjetiva y la incansable búsqueda de sentido.

Palabras clave: Inteligencia artificial, Conciencia, Fe, Problema, Patrimonio biocultural

¹ Licenciado en Economía y Licenciado en Derecho; Maestro en Derecho Laboral; Doctor en Administración y Políticas Públicas; Docente de Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional Rosario Castellanos; y actualmente estudiante en el Doctorado en Investigación Social desde la Complejidad en la Universidad Nacional Rosario Castellanos.



Abstract

This essay analyzes the impact of Artificial Intelligence (AI) on the dimensions of consciousness, religion, and the human condition. The author critically examines the contemporary tendency to confuse computational intelligence with subjective consciousness. Drawing upon classic philosophical arguments, such as John Searle's "Chinese Room" and David Chalmers' "hard problem of consciousness," the text demonstrates that current AI models operate solely through symbolic manipulation and statistical correlation, lacking semantic understanding, interiority, or the capacity to experience finitude.

Furthermore, the paper addresses the emergence of techno-utopianism as a new secular faith that transfers mystical expectations onto algorithms, while analyzing AI from a structuralist perspective as a mirror that reflects and amplifies both human virtues and societal prejudices. Finally, it warns about the risks that algorithmic bias and digital opacity pose to religious freedom as a fundamental human right, concluding that AI, far from displacing human uniqueness, indirectly reinforces the need to safeguard subjective experience and the ongoing search for meaning.

Keywords: Artificial intelligence, Consciousness, Faith, Problem, Biocultural heritage

Fecha de recibido: 5 de junio 2026

Fecha de aprobación: 15 de junio 2026

Fecha de publicación: 20 de julio 2026

Génesis virtual

Cada revolución tecnológica ha producido simultáneamente fascinación y temor, como fue la imprenta que fue considerada una amenaza para la memoria; la máquina de vapor para el trabajo humano; la fotografía para el arte; Internet para la privacidad, es así que hoy, la inteligencia artificial ocupa ese lugar simbólico de incertidumbre.

Cuando Charles Baudelaire criticó la fotografía en el siglo XIX, no cuestionaba únicamente una innovación técnica. Su preocupación era más profunda, porque temía que la reproducción mecánica desplazara la imaginación, la creatividad y la subjetividad humana.



Más de un siglo después, la Inteligencia Artificial (IA) ha trasladado esa inquietud desde la representación artística hacia la propia naturaleza de la mente humana.

La pregunta ya no es si una máquina puede pintar, escribir o componer música. La pregunta es mucho más radical ¿Puede una máquina ser consciente? Y, si la respuesta fuera afirmativa, ¿Qué implicaciones tendría para las religiones, la filosofía y nuestra comprensión de la condición humana?

La ilusión de la conciencia artificial

Uno de los errores más frecuentes en el debate contemporáneo consiste en confundir inteligencia con conciencia, porque los actuales modelos de inteligencia artificial son extraordinariamente eficientes para identificar patrones, generar lenguaje y resolver problemas complejos. Sin embargo, ninguna de estas capacidades implica necesariamente conciencia.

Según Chalmers (1996), existe una diferencia fundamental entre los procesos cognitivos observables y la experiencia subjetiva consciente. Podemos explicar cómo el cerebro procesa información, pero seguimos sin comprender por qué dicho procesamiento produce experiencias internas como el dolor, el placer o la sensación de existir.

Esta dificultad, conocida como el "problema duro de la conciencia", constituye uno de los mayores desafíos de la ciencia contemporánea, mientras los sistemas de IA manipulan símbolos y procesan información, no existe evidencia científica de que experimenten algo semejante a una experiencia subjetiva.

La controversia generada por LaMDA, el chatbot desarrollado por Google, ilustra perfectamente esta situación. En 2022, un ingeniero de la empresa afirmó que el sistema había desarrollado conciencia. Sin embargo, la comunidad científica rechazó ampliamente dicha interpretación, señalando que el programa simplemente producía respuestas estadísticamente plausibles a partir de enormes volúmenes de datos (Mitchell, 2019). La apariencia de conciencia no equivale a conciencia.



El argumento filosófico contra la conciencia artificial

John Searle (1980) formuló uno de los argumentos más influyentes contra la posibilidad de una inteligencia artificial fuerte mediante el experimento mental conocido como "La Habitación China".

Searle imaginó a una persona encerrada en una habitación manipulando símbolos chinos mediante reglas precisas, sin comprender realmente el idioma. Desde el exterior parecería que la habitación entiende chino, aunque internamente no exista comprensión alguna. De manera similar, sostiene Searle, una computadora puede manipular símbolos con enorme sofisticación sin comprender realmente lo que procesa.

Esta crítica sigue siendo relevante porque los modelos actuales de IA funcionan precisamente mediante la identificación estadística de patrones lingüísticos. Generan respuestas coherentes, pero carecen de comprensión semántica genuina. Dicho de otra manera, la IA puede hablar sobre el amor, pero no puede enamorarse; puede describir el dolor, pero no sufrir; puede explicar la muerte, pero no experimentar la finitud.

¿Puede existir fe sin conciencia?

La discusión adquiere una dimensión aún más compleja cuando se introduce la religión, porque todas las grandes tradiciones religiosas parten de una premisa fundamental; el ser humano posee interioridad. La oración, la meditación, la experiencia mística, el arrepentimiento o la fe presuponen una conciencia capaz de reflexionar sobre sí misma.

La experiencia religiosa implica significado existencial, no consiste únicamente en procesar información doctrinal, sino en atribuir sentido a la existencia, es así que desde esta perspectiva, incluso una inteligencia artificial capaz de citar textos sagrados o elaborar complejas interpretaciones teológicas seguiría enfrentando un obstáculo insuperable, el cual es la ausencia de experiencia interior.

El teólogo Hans Küng (2010) sostenía que la religión surge precisamente de la capacidad humana para formular preguntas últimas sobre el origen, el sentido y el destino de la existencia. Tales preguntas no son simples operaciones lógicas; están vinculadas a la vulnerabilidad, la esperanza, el sufrimiento y la conciencia de la muerte. Hasta donde sabemos, ninguna máquina teme morir porque ninguna máquina sabe que existe.



La nueva idolatría tecnológica

Paradójicamente, mientras las religiones tradicionales pierden influencia en algunas sociedades, emerge una nueva forma de fe secular, el tecno-utopismo. Autores como Harari (2017) han señalado que amplios sectores de la sociedad contemporánea depositan en los algoritmos expectativas que anteriormente se reservaban para la religión. Se espera que la tecnología resuelva problemas morales, políticos, económicos e incluso existenciales.

Esta confianza casi ilimitada en la inteligencia artificial ha dado origen a narrativas que anuncian la llegada de una "superinteligencia" capaz de superar a la humanidad. Sin embargo, tales discursos suelen confundir capacidad computacional con sabiduría.

Un algoritmo puede calcular millones de escenarios simultáneamente, pero no puede determinar qué es justo. Puede optimizar recursos, pero no definir qué es bueno. Puede recomendar decisiones, pero no asumir responsabilidad moral por ellas. La inteligencia artificial no responde a las preguntas fundamentales de la existencia; únicamente amplifica las respuestas que los seres humanos ya hemos producido o queremos escuchar.

La IA como espejo estructural

Desde una perspectiva estructuralista, la inteligencia artificial revela algo profundamente inquietante, las máquinas aprenden de nosotros, los algoritmos no generan conocimiento ex nihilo. Se entrenan utilizando enormes volúmenes de información producida por sociedades humanas.

Por ello, cuando una IA reproduce racismo, sexismo o discriminación, no está creando nuevos prejuicios; está reflejando los que ya existen en las estructuras sociales. Como advierte Noble (2018), los sistemas algorítmicos pueden reforzar desigualdades históricas al naturalizar patrones presentes en los datos con los que fueron entrenados.

La inteligencia artificial funciona entonces como un espejo gigantesco. Nos devuelve nuestras virtudes, pero también nuestras contradicciones. Quizás la pregunta más importante no sea si la IA desarrollará conciencia, sino qué revela sobre nuestra propia conciencia colectiva.



Libertad religiosa e inteligencia artificial

Un aspecto poco explorado del debate es el impacto de la IA sobre la libertad religiosa. Los sistemas de recomendación, moderación de contenidos y vigilancia digital pueden influir significativamente en la circulación de ideas religiosas, prácticas espirituales y comunidades de fe.

Investigaciones recientes muestran que los algoritmos poseen capacidad para priorizar, invisibilizar o restringir determinados contenidos en función de criterios técnicos y comerciales que suelen permanecer opacos para los usuarios (Buntain et al., 2023).

Esto plantea riesgos importantes para la libertad de religión y de creencias, reconocida como derecho humano fundamental por diversos instrumentos internacionales. La cuestión ya no es únicamente si las máquinas pueden tener fe, sino cómo las máquinas influyen sobre la fe de millones de personas. En este contexto, la regulación ética de la inteligencia artificial se convierte en una necesidad democrática y no únicamente tecnológica.

Conclusión: la conciencia sigue siendo humana

La historia demuestra que cada innovación tecnológica obliga a redefinir lo que entendemos por humanidad, resultando que la inteligencia artificial no constituye una excepción. Sin embargo, los avances actuales no justifican afirmar que las máquinas estén desarrollando conciencia. Aunque pueden imitar conversaciones, producir textos complejos o resolver problemas sofisticados, continúan operando mediante procesos de correlación estadística y manipulación simbólica.

La conciencia humana sigue vinculada a dimensiones que la tecnología aún no puede reproducir, como son la experiencia subjetiva, el autoconocimiento, la intencionalidad, la vulnerabilidad y la búsqueda de sentido, en donde la consagración de la inteligencia artificial como la nueva deidad secular del siglo XXI no representa un salto evolutivo, sino el síntoma definitivo de la crisis terminal de Occidente y el colapso de sus valores pretendidamente universales. Al subordinar la experiencia subjetiva, la finitud y la búsqueda de sentido ante el altar del rendimiento algorítmico, las sociedades contemporáneas han abrazado una fe tecnológica ciega que valida la deshumanización programada.



Esta transición marca el nacimiento de un mundo virtual donde la distopía ya no es una advertencia futura, sino la realidad cotidiana; un espacio donde la razón ilustrada ha sido devorada por su propia criatura técnica, trocando la emancipación humana por una servidumbre voluntaria orientada al consumo, la optimización estéril y el vacío existencial.

El pronóstico de esta deriva tecnocrática revela una preocupante sustitución del pensamiento complejo por la tiranía del espectáculo y el entretenimiento de masas. En este ecosistema digital, la verdad y la profundidad teórica son suplantadas por estímulos efímeros, donde la capacidad de asombro y la reflexión mística quedan reducidas a meras mercancías cuantificables en un flujo incesante de datos. La inteligencia artificial opera aquí como el instrumento perfecto para anestesiar la conciencia colectiva; al simular empatía e interioridad, el sistema valida la indiferencia ética, transformando la arena pública en un teatro de simulacros donde lo que no divierte o no genera interacciones inmediatas es simplemente invisibilizado o desechado por el diseño algorítmico.

Esta degradación cultural encuentra su correlato perfecto en la emergencia de líderes globales vacíos, inútiles y estúpidos, quienes carecen de visión histórica, rigor ético o genuina sabiduría, limitándose a actuar como gerentes o meros personificadores del capital biotecnológico. Al delegar las decisiones morales, políticas y de justicia distributiva en la supuesta neutralidad de las máquinas, esta clase gobernante abdica de su responsabilidad social, ocultando su incompetencia detrás de narrativas tecno-utópicas.

En última instancia, la inteligencia artificial no es más que el espejo definitivo de esta decadencia: un macrocosmos que nos devuelve la imagen de un mundo que ha decidido adorar un simulacro tecnológico antes que asumir el doloroso, pero indispensable, compromiso de humanizar su propia realidad.

Lejos de destruir la religión, la inteligencia artificial parece reforzar indirectamente algunas de sus preguntas fundamentales. Cuanto más avanzan las máquinas, más evidente se vuelve la dificultad de explicar aquello que hace singular a la experiencia humana. Tal vez la verdadera controversia no radique en si las máquinas llegarán a ser conscientes, sino en nuestra creciente disposición a atribuir conciencia allí donde solo existe simulación.

La IA puede ser el mayor logro técnico de nuestra época, pero sigue siendo incapaz de responder la pregunta que ha acompañado a la humanidad desde sus orígenes; ¿Quiénes somos y por qué existimos?



Referencias

- Buntain, C., Golbeck, J., Liu, B., & LaFree, G. (2023). Artificial intelligence, content moderation, and human rights. *Journal of Online Trust and Safety*, 2(1), 1-18.
- Chalmers, D. J. (1996). *The conscious mind: In search of a fundamental theory*. Oxford University Press.
- Harari, Y. N. (2017). *Homo Deus: A brief history of tomorrow*. HarperCollins.
- Küng, H. (2010). *¿Tiene salvación la Iglesia?* Trotta.
- Mitchell, M. (2019). *Artificial intelligence: A guide for thinking humans*. Farrar, Straus and Giroux.
- Noble, S. U. (2018). *Algorithms of oppression: How search engines reinforce racism*. New York University Press.
- Searle, J. R. (1980). Minds, brains and programs. *Behavioral and Brain Sciences*, 3(3), 417-457.
- Tegmark, M. (2017). *Life 3.0: Being human in the age of artificial intelligence*. Knopf.
- Veliz, C. (2020). *Privacy is power: Why and how you should take back control of your data*. Bantam Press.